

Cuentos

La niña de altamar

Jules Supervielle

Traducción y prólogo de Manuel Arranz
Pre-textos. Valencia, 1989. 128 páginas. 1.100 pesetas

Jules Supervielle

Considerado poeta francés, aunque hubiera nacido en Uruguay (Montevideo, 1884-París, 1960) Jules Supervielle es uno de los escritores más diferenciados y atractivos del siglo. De él se ha dicho que, sobre escuelas y modos, ha sabido encontrar un lenguaje vivo que le ha hecho crear un mundo de una poderosa originalidad, sin perder nitidez en su expresión. La fantasía ha alimentado siempre sus aventuras conceptuales y lingüísticas y su público ha respondido siempre a la seducción que nos propone. De aquí que sus cuentos se alcen sobre su poesía, y ésta no abandone nunca la inteligibilidad del mensaje. Manuel Arranz ha sabido ofrecernos con estos cuentos un escritor para todos los públicos y, sin embargo, pendiente de la verdadera comunicación. Si es verdad que el poeta parece ser el único hombre capaz de hablarle todavía con grandeza a la humanidad, lo hace desde el misterioso laberinto de sus fantasías, donde todo se trastoca y se confunde, donde el hoy es el ayer mismo, la superficie de la tierra se comunica con sus profundidades; los astros y las nubes se hunden en las más profundas aguas, y lo seres viven la vida y la muerte sin tiempo y sin espacio.

«Unos cuentos sin hadas, ni princesas, ni hechiceras», donde todo se convierte en hechizo y en encanto. Apenas necesita unas líneas el autor para hacernos participar en su ámbito. El amplio prólogo nos conduce por la línea sinuosa y fragante de una vida que salta de uno a otro continente y parece que, de pronto, se pone a escribir en una tierra de nadie, en un agua de nadie, unas líneas que las olas no borran, ni entierra la tierra. Y así sus personajes florecen más allá de las flores y viven más de una vida en transmutaciones sugerentes. Dramáticamente, sus padres mueren en el accidente fatal de un envenenamiento. Él nos dirá después: «Dos patrias es algo que está de acuerdo con mi biografía, la aparente y la profunda. Y creo también que es el comienzo de una cordura internacional, de la cordura planetaria.» El «más allá» de los surrealistas no pudo ser aceptado en su totalidad por un alma de *fantásticas realidades*, si se me permite unir estas dos palabras, pero la influencia de sus seguidores, sus amigos, fue fructífera y despertó también su imaginación. Él, no obstante, supo ir más allá.

Ocho narraciones fantásticas se reúnen en este libro. «La niña de alta mar» desvela una vida después de la muerte, y en lo hondo del mar traza sus caminos y levanta sus ciudades. «El buey y el asno del pesebre» es un cuento de Navidad, donde los tópicos del misterio se humanizan y se enaltecen en un desarrollo nuevo y como recién creado. La llegada de todos los animales para visitar al

Niño en el pesebre está llena de ternura emocionante. «La desconocida del Sena» es el cuento de una ahogada que llega a vivir con otros ahogados y no quiere desprenderse de su vestido. Está trazado con una gran sabiduría de narrador. En «Los cojos del cielo» se une la invención al misterio, como «Rani» podía formar en la más exigente de las antologías sobre cuentos de terror. «La muchacha de la voz de violín», comparte lo dramático con lo humorístico. Así como «Las consecuencias de una carrera» es uno de los relatos de humor mejor trazados entre los de su género —Sir Rufus no tuvo gran dificultad para convertirse en caballo de tiro. Paseaba regularmente a su prometida y los días pasaban por ellos sin sentir—; la serie se completa con «La carretera y la charca».

Se ha hablado de la «mitología personal» de Supervielle, y es verdad. Él adelanta en sus fábulas lo que de un momento a otro puede verificarse; lo que no se realizará jamás, pero él puede demostrar que es posible. Para la poesía nada es insuperable. El prologuista subraya lo que puede ocurrir en estas páginas, es lo que el autor llama *una especie de confusión mágica*, donde las imágenes y las ideas se cuecen a temperatura humana, «pues fue Supervielle un poeta humano, feliz de serlo en una época en la que la poesía en Francia se había deshumanizado». Y esta carga de humanidad es la que mantiene a su obra y la que permanece en ella. Se ha hablado mucho de la técnica del cuento, y no se ha aprendido apenas nada. Hay autores excelentes de cuentos, en los que, más pronto o más tarde, se descubre una fórmula que sobresale del interés del relato. Esa difícil vecindad con la realidad es lo que salva la audacia de cualquier imaginación. El novelista «en pequeño» que debe ser un hacedor de cuentos, se diría que tiene un espacio físico donde moverse que le expone a la incredulidad del lector. Usemos el plural y digamos «de los lectores», ya que el hecho de convertirnos en niños es una magia o una naturalísima convención.

Es muy interesante la observación que nos hace el presentador de *La niña de alta mar*. Nos dice que con *La Belle-au Bois* (1932) «se inicia Supervielle en el teatro, obsesionado con la idea de establecer una comunicación más directa con sus lectores, más inmediata también. Supervielle no hubiera soportado la incompreensión de los lectores, y menos todavía el rechazo. Lo que animaba a los surrealistas, hasta el punto de querer ver en el rechazo del público la demostración de que no habían errado la fórmula, para Supervielle hubiera significado la muerte». Y es clave esta frase del poeta sobre su gran amigo Michaux: «A Michaux lo comprendo muy bien, mientras que con los surrealistas me suelo perder... Michaux es de una humanidad extraña, pero es humano, sus raíces son humanas.»

José GARCÍA NIETO
de la Real Academia Española

Infantil

Zapatones. El circo de Pedro

Pilar Mateos y Francisco Carvajal

Editorial S. M. Madrid, 1989
30 páginas. 745 pesetas

En un corto espacio de tiempo han aparecido dos libros en la colección La Torre y la Estrella, ilustrados por Alfonso Ruano, que merecen destacarse entre la producción editorial infantil.

«Zapatones» es un relato de Pilar Mateos que tiene como protagonista a un chaval ilusionado por crecer y llegar a ser un jugador de baloncesto. Sus aspiraciones se ven frustradas por el hecho de que son solamente sus pies los que crecen, y de una forma desmesurada.

Resulta difícil enjuiciar textos surrealistas porque da la sensación de que todo vale, pero éste en concreto resulta bastante incoherente y poco afortunado. Pese a todo, el ilustrador ha sabido aprovecharlo y ha creado una serie de imágenes oníricas inquietantes y perturbadoras.

Las páginas dedicadas a las mujeres de arena son muy hermosas, aunque la reproducción no haya dado las calidades del original.

«El circo de Pedro» es un texto rimado de Francisco Carvajal en el que se da una visión detallada del ambiente que rodea al circo y que permite, por tanto, al ilustrador una serie de personajes singulares dignos de figurar en la coreografía de un espectáculo.

La página central, dedicada al hombre-mariposa, es un prodigio de imaginación y merecería la pena reproducirla en forma de cartel.

Para acercarse a los libros de Alfonso Ruano hay que hacerlo con una mirada un tanto libre de los convencionalismos que rodean la estética llamada tradicionalmente «para niños». Nunca buscará complacerles con imágenes simples o fáciles.

Por el contrario, preferirá ángulos, enfoques o puntos de mira que les sorprendan y les provoquen. Deliberadamente, no se baja a su pequeño mundo, sino que trata de elevarlos y de situarles a niveles de mayor exigencia. Quienes se preocupan por la formación estética de los niños, bien sean padres, profesores o educadores, encontrarán en estas obras un caudal de propuestas que de alguna forma remiten a algunos de los más interesantes pintores y grafistas de este siglo: Chirico, Cris Mac Evans, Milton Glasser, Winsor McCay, entre otros.

Más que un narrador visual, Ruano es un esteta de las formas, de los volúmenes, de las líneas; un poeta del espacio que busca siempre el equilibrio y la elegancia.

Su caudal imaginativo no necesita ya en estos momentos de textos ajenos y va siendo hora de que con su peculiar lenguaje cuente a los niños sus propias historias, llenas de recuerdos personales, que sabrá transformar en imágenes sugerentes.

María SOLÉ